



Relaciones de poder y estrategias disciplinarias en los espacios educativos de *Las cuatro estaciones*, tetralogía de Leonardo Padura

Power relations and disciplinary strategies in the educational spaces of “Las cuatro estaciones”, tetralogy by Leonardo Padura

Lis García**

* Procedencia del artículo: El artículo se desarrolló en el marco del proyecto de investigación doctoral *Literatura y poder: la narrativa de Leonardo Padura en Las cuatro estaciones*, financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de la República de Chile.

**Doctora en Literatura Latinoamericana
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, España
lisigaar@gmail.com

Recibido: 01 de julio de 2024

Aprobado: 24 de septiembre de 2024

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en MLA? - How to quote this article in MLA?:

García, Lis. “Relaciones de poder y estrategias disciplinarias en los espacios educativos de *Las cuatro estaciones*, tetralogía de Leonardo Padura”. *Poligramas*, 60 (2025): e.20314308. Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i60.14308>

Resumen

El presente artículo propone analizar en la tetralogía *Las cuatro estaciones* (*Pasado perfecto*, 1991; *Vientos de cuaresma* 1994; *Máscaras*, 1997 y *Paisaje de otoño*, 1998), del escritor cubano Leonardo Padura de la Caridad Fuentes (La Habana, 1955), las relaciones de poder y las estrategias disciplinarias que funcionan en el universo ficcional, así como la resistencia a las mismas al interior de los textos. Asimismo, se evidencia en la diégesis de las obras la representación de las tácticas disciplinarias: clausura, localización, emplazamientos funcionales y elementos intercambiables como el control del tiempo en las instituciones educativas (el Preuniversitario de La Víbora, el campamento del Preuniversitario y la Universidad de La Habana), y en publicaciones culturales (la revista *La Viboreña*). La investigación se sostiene en los referentes teóricos, trazados por Michael Foucault principalmente en su libro *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión* (1975).

Palabras clave: Leonardo Padura; Michel Foucault; poder disciplinario; relaciones de poder; resistencia.

Abstract

This article proposes to analyze the tetralogy *The Four Seasons* (*Past Perfect*, 1991; *Winds winds of lent*, 1994; *Masks*, 1997 and *Autumn Landscape*, 1998), by the Cuban writer Leonardo Padura de la Caridad Fuentes (Havana, 1955), the power relations and disciplinary strategies that operate in the fictional universe, as well as the resistance to them within the texts. Likewise, the representation of disciplinary tactics is evident in the diegesis of the works: closure, location, functional locations and interchangeable elements such as time control in educational institutions (the La Víbora Pre-University, the Pre-University camp and the University of Havana), and in cultural publications (*La Viboreña* magazine). The research is based on theoretical references, drawn up by Michael Foucault mainly in his book *Discipline and Punish: the Birth of the Prison* (1975).

Keywords: disciplinary power; endurance; Leonardo Padura; Michel Foucault; power relationships.



Con *Pasado perfecto* (1991), el escritor Leonardo Padura inicia la tetralogía *Las cuatro estaciones*, compuesta además por *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998). El ciclo novelístico se ubica durante las cuatro estaciones de 1989, aunque fueron escritas en los noventa tras la caída del Muro de Berlín y la salida de Cuba de la órbita soviética. En esas volteretas de la Historia, Padura engendra a su personaje principal: el policía-investigador Mario Conde, uno de los mejores en la Central de Policía de La Habana por su capacidad intuitiva, y quien resulta el personaje central de la tetralogía, en la cual investiga los pormenores de crímenes en que se involucran figuras conectadas con las esferas del poder en Cuba. Conde ha sido protagonista en otras seis novelas: *La cola de la serpiente* (2001), *Adiós Hemingway* (2001), *La neblina de ayer* (2005), *Herejes* (2013), *La transparencia del tiempo* (2018), y *Personas decentes* (2022), en estas últimas aparece retirado del trabajo en la institución policial y dedicado a la compra y venta de libros usados, así como a trabajos pagados como detective privado.

Conde no habita un universo indeterminado ni descolocado, sino un mundo empotrado en el contexto histórico cubano, desde principios de la década del 90 hasta la actualidad. Que Mario Conde habite un universo de marcas cotejables (la ciudad de La Habana, el preuniversitario de la Víbora, la Universidad de La Habana, entre otros) constituye un sentido en sí mismo, y de él se desprenden una serie de interpretaciones que sobrepasan el espacio delimitado por el texto. El universo y discurso de Mario Conde, quien encarna al sujeto subalterno cubano en relación con el poder hegemónico, sustenta la realidad y la imaginación de la máquina ficcional paduriana.

De modo que en poco tiempo, con Conde, Padura se convirtió en uno de los escritores cubanos más leídos, al desafiar el estilo propagandístico de la novela policial en la Isla y readaptar la variante neopolicial iberoamericana al contexto de la sociedad caribeña, inmersa en el Período Especial¹. Según la académica Elena Zayas, “Padura elige sus enigmas con una finalidad precisa: servir de catalizador para los recuerdos, la toma de conciencia de ciertos fenómenos y el desarrollo del pensamiento crítico de su portavoz, el teniente Conde” (Zayas 156). En el mismo sentido apunta Bernat Garí Barceló, para quien la memoria en Padura persigue una reivindicación del fallido proyecto revolucionario:

¹ Por Período Especial se conoce en Cuba a la profunda crisis económica y social padecida a partir de la caída del campo socialista europeo y la desintegración de la Unión Soviética, principales aliados comerciales de la isla caribeña. Baste señalar que entre 1989-1993 el Producto Interno Bruto del país cayó en un 35 por ciento.

La postura socialmente comprometida de Padura con el socialismo cubano se pliega con una epistemología conservadora, en la medida en que su escritura aspira a restablecer en el presente el proyecto utópico de un pasado que nunca fue, como si no existiese un «afuera» del binomio capitalismo-socialismo, y como si la sublimación del pasado revolucionario pudiera ser del todo inocente para la reconfiguración del presente político. (Garí Barceló, *A propósito* 193)

El presente político de *Las cuatro estaciones*, el simbólico año 1989 (el de la caída del Muro de Berlín y comienzo de las transformaciones telúricas para Cuba) aparece caracterizado por el desencanto del narrador; esta sensación, que se agudiza mientras transcurren las obras, culmina “en dolor y padecimiento al hablar de su ciudad” (Escribà y Sánchez Zapatero 55). A través de la representación de La Habana, una urbe devastada a la espera de un huracán, Padura constituye una metáfora de la realidad nacional y del azote inminente de la crisis del Período Especial.

A pesar de las denuncias al régimen, la crítica al pasado y la representación conflictual del presente, el narrador mantiene sus convicciones en relación al proyecto socialista. El detective Mario Conde se instala en un espacio fronterizo, en un territorio limítrofe donde se imbrican el desencanto y la utopía y desde donde articula focos de resistencia: “la escritura es, para él, el refugio del ser humano, ya que en ella se cifra la extraña posibilidad de reparar el presente e instituir, a través de la memoria, el hogar perdido” (Garí Barceló, *Tiempo* 522).

Estos focos de resistencia, patentes a lo largo de toda la tetralogía, se oponen a los mecanismos disciplinarios presentes en la sociedad cubana —y muy especialmente en el sistema de enseñanza. Por tal motivo, este artículo tiene como objetivo analizar cómo operan las relaciones de poder, el poder disciplinario y la resistencia en los espacios educativos representados en *Las cuatro estaciones*. Además, pretende ejemplificar la implementación de las tácticas disciplinarias y punitivas: clausura, localización, emplazamientos funcionales y elementos intercambiables como el control del tiempo en las instituciones educativas del Preuniversitario de La Víbora y el campamento al que acudían los personajes-estudiantes de segunda enseñanza para realizar labores agrícolas. Pues de acuerdo al pensamiento de Michel Foucault, en el terreno educativo aparece la denominada nueva tecnología disciplinaria. Para el análisis textual, se consideran los referentes teóricos trazados por Foucault en *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión* (1975).

“Casi estábamos entusiasmados por entrar en la jaula, lo que hace un primer día de clases”²: el Preuniversitario de La Víbora

El Instituto de Segunda Enseñanza René O. Reiné de La Víbora, conocido como el Preuniversitario o simplemente el Pre, donde estudió el personaje protagónico Mario Conde durante la adolescencia, equivale al colegio como estructura-modelo para aplicar la disciplina, el “mecanismo del poder por el cual alcanzamos a controlar en el cuerpo social hasta los elementos más tenues por los cuales llegamos a tocar los propios átomos sociales; esto es, los individuos” (Foucault, *Las redes* párr. 13). El ejercicio del poder en la compleja red de relaciones en el Preuniversitario propicia el empleo de mecanismos para someter a los estudiantes; la disciplina individualizante consiste en “vigilar, (...) controlar su conducta, su compartimiento, sus aptitudes, (...) intensificar su rendimiento, (...) multiplicar sus capacidades, (...) colocarlo en el lugar donde será más útil” (Foucault, *Las redes* párr. 13).

El Preuniversitario fue “la guarida, por tres años, de los sueños y esperanzas de aquella generación que quiso ser tantas cosas que nunca lograrían ser” (Padura, *Vientos* 20). Había una matrícula aproximada de doscientos alumnos. Mario Conde comenzó sus clases el primero de septiembre de 1972 y permaneció hasta 1975. El narrador recuerda que, al abrirse las puertas del centro educativo, sonó un timbre para convocar la formación:

Casi estábamos entusiasmados por entrar en la jaula, lo que hace un primer día de clases: como si no alcanzara el espacio, algunos hasta corrieron —claro, eran algunas— hacia el patio donde unas estacas de madera con un número indicaban dónde debía formar cada grupo. El mío era el cinco. (Padura, *Pasado* 15Y)

La referencia a la “jaula” responde a una de las exigencias conceptuales de la disciplina: la clausura. En el fragmento, el narrador alude a otras dimensiones complementarias de la clausura, como la localización (las estacas de madera), los emplazamientos funcionales (el patio) y los elementos intercambiables (los grupos). El principio de “clausura” en el modelo disciplinario, Foucault lo define como la especificación de un lugar heterogéneo a todos los demás y cerrado sobre sí mismo. Un lugar donde se distribuyan, localicen y aislen a los individuos en un espacio para hacer circular un sistema de relaciones.

La “jaula” remite a la institución educativa, al espacio donde la disciplina se impone — desde el comienzo— según la distribución territorial predeterminada para cada

² Padura, *Pasado*15.

estudiante. Los grupos deben descomponerse y otorgarle a “cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo” (Foucault, *Vigilar* 146). En la institución educativa, se trata de “clasificar a los individuos de tal manera que cada uno esté exactamente en su lugar, bajo los ojos del maestro o en la clasificación-calificación o el juicio que hacemos sobre cada uno de ellos” (Foucault, *Las redes* párr. 15). Esa distribución se realiza a partir de la formación grupal de los estudiantes signada por estacas en el patio de la escuela. De acuerdo con Foucault, se trata de establecer “las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos, instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no lo son, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades” (Foucault, *Vigilar* 147). En el Pre de La Víbora se manifiesta el emplazamiento funcional —un modelo organizativo común en las instituciones disciplinarias, en particular las fábricas— con el objetivo de codificar un espacio que individualice el cuerpo, las enfermedades, los síntomas, las vidas y las muertes. Esto posibilita que “nazca de la disciplina un espacio médicamente útil” (Foucault, *Vigilar* 147).

La regla de los elementos intercambiables en la disciplina se define por el rango, pues “la disciplina, arte del rango y técnica para la transformación de las combinaciones. Individualiza los cuerpos por una localización que no los implanta, pero los distribuye y los hace circular en un sistema de relaciones” (Foucault, *Vigilar* 149). La individualización permite el control y el trabajo simultáneo de todos, lo que garantiza la obediencia de los individuos, pero también una mejor economía del tiempo y de los gestos. Permite, además, la caracterización del individuo y la ordenación de una multiplicidad dada.

En el texto, los emplazamientos en el Pre de La Víbora se manifiestan al colocar “estacas de madera” con un número, mecanismo para identificar a cada estudiante y ubicarlo en un punto específico de la formación. La asignación de un lugar individual permite el control de todos en el patio de la institución escolar. Se une lo singular con lo múltiple y se conforma un sistema de relaciones. El espacio escolar funciona de esta forma como “una máquina de aprender, de vigilar, de jerarquizar, de recompensar” (Foucault, *Vigilar* 89). En el universo ficcional de la tetralogía, Conde, al regresar al Pre años después, “observó el patio, donde habían quedado, como señales de un orden obsoleto, los postes numerados para organizar la formación. En su época la hilera del fondo era la preferida, lo más lejos posible del director” (Padura, *Vientos* 92) y “el recuerdo de aquellas formaciones a la una de la tarde casi lo hizo sudar” (93).

La narrativa de Padura aborda las relaciones de poder en el Preuniversitario a partir del “reglamento meticuloso que rige su vida interna, las diferentes actividades que se organizan en ella, los diversos personajes que viven o se reúnen allí, cada uno con una función, un lugar, un rostro bien definido” (Foucault, *El poder* 27). La institución educacional funciona como un dispositivo de control en donde se debe cumplir el “reglamento minucioso” que desde el primer día de clases aclaró el director. Bajo el sol ardiente, los alumnos cantaron el himno nacional de Cuba; luego, el director subió a una plataforma y desde la sombra comenzó a proyectar su voz desde un micrófono.

(...) las hembras, sayas por debajo de las rodillas y con su franja correspondiente, que para eso con la inscripción se les había dado el papel para comprar el uniforme; varones, el corte de pelo por encima de las orejas, sin patillas ni bigote; hembras, blusa por dentro de la saya, con cuello, sin adornitos, que para eso con la inscripción...; varones, pantalones normales, ni tubos ni campanas, que esto es una escuela y no un desfile de modas; hembras, medias estiradas, no enrolladas en los tobillos —con lo bien que les quedaban así, hasta las flacas parecían estar mejores; varones, a la primera indisciplina, no ya grave, regular nada más, a disposición del Comité Militar, que esto es una escuela y no el Reformatorio de Torrens; hembras, varones: prohibido fumar en los baños a la hora del receso y a todas las horas; y otra vez hembras, varones. (Padura, *Pasado* 15)

Desde el inicio del curso, el director del Preuniversitario amenazó a los estudiantes con medidas estrictas a cumplir. El hombre hablaba debajo del soportal, a la sombra. Mientras, los alumnos formados en el patio se encontraban expuestos al sol, “que estaba del carajo” (Padura, *Pasado* 15). El astro incidía sobre el cuerpo de los alumnos, “el sol empezó a picarme por todo el cuerpo” (15), rememora Conde. En este sentido, “el ejercicio de la disciplina supone un lugar privilegiado, un arte de la luz y de lo visible, un dispositivo que coacciona por el juego de la mirada” (Foucault, *Vigilar* 175). Por eso, al encontrarse en una posición superior, el director puede observar a todos los alumnos, el sol ilumina a los estudiantes y refuerza la visibilidad ante los ojos de la autoridad.

En la formación obligada en el patio, los estudiantes permanecen al sol durante los continuos discursos del director. En el siguiente fragmento, a pesar de las felicitaciones por los logros académicos, los estudiantes continúan expuestos al suplicio:

(...) era junio, el sol nos quemaba el lomo y el director habló: íbamos a ganar todas las banderas de la emulación, íbamos a ser el Pre más destacado de La Habana, del país, casi

del universo, porque habíamos sido los mejores en el trabajo en el campo, ganamos los juegos Interpre, dos premios en el Festival Nacional de Aficionados y la promoción debía de estar por encima del 90 por ciento y nadie nos quitaba ya el primer lugar, y nosotros aplaudimos, uh, uh, gritamos y pensábamos somos unos bárbaros, no hay quien nos gane. (Padura, *Pasado* 95)

Al terminar las palabras del director, el personaje Rafael Morín Rodríguez —presidente de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media y miembro del Comité Municipal de la Juventud Comunista— continuó con otra disertación. El compañero Morín era el ejemplo de disciplina que debía seguir el resto de los estudiantes. Morín habló muchísimo, al punto de que a Mario Conde le picaba todo el cuerpo por tanto tiempo bajo el sol, también le dolería la cabeza por la misma causa.

El director trata de convertir a los estudiantes en “cuerpos dóciles” y disciplinarlos; implementa su estrategia en virtud del control de cuatro tipos de individualidades: la celular (caracterizada por el juego de la distribución espacial), la orgánica (por el cifrado de las actividades), la genética (por la acumulación del tiempo) y la combinatoria (por la composición de fuerzas), (Foucault, *Vigilar* 172). Asimismo, el control sobre los cuerpos de los estudiantes debe trabajarse en sus partes y ejercer “una coerción débil, de asegurar presas al nivel mismo de la mecánica: movimientos, gestos, actitudes, rapidez; poder infinitesimal sobre el cuerpo activo” (83). Sin embargo, al disciplinamiento del director se oponen las formas de resistencia de los estudiantes. Según Foucault, la resistencia se utiliza como “un catalizador químico que permita poner en evidencia las relaciones de poder, ver en dónde se inscriben éstas, descubrir sus puntos de aplicación y los métodos que utilizan” (Foucault, *El poder* 4).

La resistencia al poder disciplinante en el Preuniversitario se manifiesta en varios personajes: Dulcita, amiga de Mario Conde, se las arreglaba para evadir la regla de usar la saya por debajo de las rodillas, la suya “con las tres bandas blancas sobre el dobladillo, es la más corta de todas, bien por encima de la rodilla, sabía como nadie enrollársela en la cintura en cuanto ponía un pie fuera de la escuela” (Padura, *Pasado* 79); Mario también transformaba su uniforme escolar para usar los pantalones con las patas lo más anchas posibles, como exigía la moda del momento. “Cortar los pantalones por las rodillas (...), la rodilla que es más ancha se ponía para abajo y el bajo que es más estrecho se cosía en la rodilla, y sólo así uno podía tener (...) algo de campanas” (80).

A pesar de las prohibiciones, los adolescentes fumaban a escondidas en el baño. En cuanto sonaba el timbre del receso, salían de las aulas gritando y corriendo en busca de “la cafetería, de

las novias y los novios y de los baños, donde inevitablemente se fumarían sus cigarrillos furtivos” (Padura, *Vientos* 22). En los aseos, los fumadores clandestinos incumplían las órdenes de la autoridad, y “el humo que se escapaba por la puerta era como señal sioux: «aquí se fuma pipa de la paz»” (22). También los estudiantes burlaban la vigilancia de Julián el cancerbero, el conserje de la puerta de entrada para escaparse a las 12:14, “descolgándose por el patio de educación física” (20).

Desde el Preuniversitario de La Víbora, Mario Conde y sus amigos evaden una orden con cariz ideológico del poder disciplinario: la prohibición de escuchar música anglosajona. Algunos rompían las normas y hablaban alto, y más alto escuchaban a Elton John “en un radio portátil Meridian que cogía perfecto la WQAM, from Miami, Florida” (Padura, *Pasado* 14). El narrador recuerda el descubrimiento de su canción favorita, *StrawberryFields*, en casa de su primo Juan Antonio:

Entonces el Tomy movió el brazo del tocadiscos, lo puso sobre la placa con todo su cariño y empezó la canción; él no entendió nada, los Beatles no cantaban tan bien como en los discos de verdad, pero los grandes susurraban la letra, como si ellos la supieran, y él sólo sabía que field era jardín, centerfield es jardín central. (Padura, *Pasado* 71-72)

Vale destacar que, en el contexto histórico de las primeras novelas de Padura, estaba prohibido escuchar música anglosajona en Cuba. Oír a estos cantantes en idioma inglés, constituía un acto de resistencia, de no acatar las normas establecidas y definido como “diversionismo ideológico”. Por otra parte, en el Pre de La Víbora, se imponía que quién tuviese más novias, era el más agraciado. En tal sentido, tener relaciones suponía resistir a las disciplinas del centro educativo. Conde nunca perteneció a ese grupo, en cambio Miki Cara de Jeva, impuso “récord de novias para un curso en el Pre de La Víbora: veintiocho, todas con besuqueo y algunas con lances mayores” (Padura, *Pasado* 132).

El joven Mario Conde junto al Conejo, el Enano, Andrés, el Pello practicaban un “alpinismo ciudadano” con el objetivo de observar a “unos mal alimentados hippies tropicales, miméticos y condenados, alternada con los descubrimientos burlescos de aquellos maricones que se empeñaban en serlo y en demostrarlo, y por la golosa observación de las minifaldas recién llegadas a la isla” (Padura, *Paisaje* 46). El acercamiento de estos “jóvenes correctos y estudiantes deslumbrados” a La Rampa del Vedado, representaba un acto de resistencia a la corrección ideológica impuesta por el poder revolucionario. Ellos hacían frente a las restricciones de la

época “armados cada uno de un cigarro, un pedazo de liga masticando como fuera el chicle del enemigo y una ilusión en el pecho —o un poco más abajo, quizás— *Allyouneedislove*, ¿no?” (46).

A pesar de la tibia rebeldía durante la adolescencia, el disciplinamiento del Preuniversitario marca la vida del detective Mario Conde. El personaje siempre se lamenta de no haber llevado melena, por eso no podía perdonar el “acoso perverso contra lo que más había deseado en aquellos años: dejarse crecer el pelo, sentirlo posado sobre sus orejas, trabado con el cuello de la camisa, para exhibirlo en las fiestas (...) y poder competir en pepillancia” (Padura, *Vientos* 93). Conde siempre recordará a la “cuadrilla de discurseantes y perseguidores de cualquier intento de bigote, patilla o el más mínimo asomo del pelo sobre la oreja” (93). Tener el pelo largo constituía un acto de resistencia contra la corrección ideológica, tal y como refleja la experiencia de El Flaco Carlos. En *Paisaje de otoño*, las prohibiciones sobre el cabello largo y determinadas modas definen los recuerdos de Conde sobre la década de los sesenta. El narrador rememora las cacerías de “mancebos” emprendidas por las “hordas” de la corrección política-ideológica.

(...) Armadas de tijeras dispuestas a devorar cualquier cabello que cayera más debajo de las orejas o a ensanchar pantalones por cuyos muslos no pudiera pasar un limón pequeño: triste recuerdo de tijeras y carros enjaulados para exorcizar una pernicioso penetración cultural, liderada por cuatro ingleses peludos (...) La política y el pelo, la conciencia y la moda, la ideología y el culo, los Beatles y la decadencia burguesa, y al final del camino las Unidades Militares de Ayuda a la Producción con sus rigores cuasi carcelarios como correctivo formador del hombre nuevo. (Padura, *Paisaje* 45)

La estética de algunos jóvenes que imitan a *The Beatles* (melena, pantalones campanas) es entendida como negativa para la disciplina. Incluso, ya en la etapa de la universidad, encargan al Flaco persuadir a sus colegas para que no fueran “tan peludos a la escuela” (Padura, *Pasado* 141-142). “No había ningún reglamento que dijera eso ni nada. Qué mierda, para las cosas que uno se presta” (141-142), se lamenta Carlos años después. En la universidad, se intenta replicar los mismos métodos disciplinarios, pero ahora se obtienen menores niveles de efectividad.

El Preuniversitario de La Víbora marcó al Conde y sus amigos en los tres años que pasaron en la institución. Al terminar el primer año, Conde pensó que cuando se graduaran “nadie nos iba a joder más con que si patillas no, bigote tampoco, bien pelado todo el mundo y esas cosas que lo obligan a uno a no querer estar en el Pre” (Padura, *Pasado* 95). Sin embargo, en aquellos

años sucedió el escándalo de Waterpre (infiltración y arreglo de notas en los exámenes por el director). Las implicaciones de aquellos hechos conllevaron el endurecimiento de la disciplina:

Después del Waterpre nos llevaban recio en todo, desde los campamentos para trabajar en el campo hasta los trajes de pelotero, siempre eran los más malos, porque descubriendo y descubriendo, descubrieron primero que ganábamos la emulación docente porque había fraude y la del corte de caña porque había un contacto en el centro de acopio que nos ponía caña que cortaban otros Pres, y ni se sabe cuántas cosas más descubrieron. (Padura, *Pasado* 117-118).

Por eso había que sacrificarse al máximo para cumplir con las obligaciones de la emulación socialista. Tamara era la responsable de las actividades en el Pre. Al que participara en los eventos le otorgaba puntos extras, lo cual significaba una recompensa de cara al poder. Como los juegos de béisbol puntuaban para la emulación, casi todos los estudiantes procuraban participar: “la gente siempre prefería un juego de pelota que otra actividad —una visita a un museo o soplarse una actuación del coro de la escuela” (Padura, *Pasado* 117). De esta manera, los alumnos se las ingeniaban para ganar la emulación, conseguir beneficios y sortear así el disciplinamiento de la escuela.

“El fin del mundo se iba a anunciar con el sonido apocalíptico y agudo de aquella campana”³: el Campamento del Preuniversitario de La Víbora

La disciplina puede ejercerse en varias instituciones del cuerpo social, tales como los colegios, las universidades, los hospitales, la penitenciaría y la familia. Una de las maneras de hacerla más efectiva resulta potenciar la actividad mediante el control del tiempo. Según Foucault, la dinámica temporal se vale de tres procedimientos básicos: establecer ritmos, obligar a ocupaciones determinadas y regular los ciclos de repetición. El teórico ejemplifica su hipótesis con el horario de las escuelas de principios del siglo XIX:

8 h 45 entrada del instructor, 8 h 52 llamada del instructor, 8 h 56 entrada de los niños y oración, 9 h entrada en los bancos, 9 h 04 primera pizarra, 9 h 08 fin del dictado, 9 h 12 segunda pizarra, etcétera. (Foucault, *Vigilar* 154)

³ Padura, *Pasado* 143.

También en las fábricas debe asegurarse el empleo útil del tiempo mediante la supresión de lo que pueda distraer al obrero. En el reglamento de una factoría de la misma época, se advierte textualmente: “Está expresamente prohibido durante el trabajo divertir a los compañeros por gestos o de cualquier otro modo, entregarse a cualquier juego sea el que fuere, comer, dormir, contar historias y comedias” (Foucault, *Vigilar* 154).

Lo que se pretende es que el tiempo penetre en el cuerpo, y con él “todos los controles minuciosos del poder”. En el buen empleo del tiempo y del cuerpo, “nada debe permanecer ocioso o inútil: todo debe ser llamado a formar el soporte del acto requerido (...) Un cuerpo disciplinado es el apoyo de un gesto eficaz” (Foucault, *Vigilar* 156).

La ocupación del tiempo en los relatos de Padura se manifiesta en el horario inflexible del Preuniversitario de La Víbora. En el fragmento donde Conde y Candito el Rojo se conocen, el mecanismo se representa a través del cumplimiento de la hora de entrada. Un día, al llegar juntos a la escuela, “inesperadamente, (...) a los dos les cerraron la puerta por haber llegado diez minutos tarde” (Padura, *Vientos* 31). Otro momento cuando los estudiantes se someten al control estricto del tiempo resultan las escuelas al campo⁴, período donde los jóvenes permanecen en un campamento⁵ aislado de la ciudad para realizar jornadas productivas como el corte de caña. El personaje Mario Conde reseña cómo, cada mañana, el campamento parecía la alborada escogida por el Armagedón o la Casa de jóvenes delincuentes de París:

El fin del mundo se iba a anunciar con el sonido apocalíptico y agudo de aquella campana que le entraba a uno por los oídos. El director del campamento gozaba dando campanazos por todo el albergue, y de contra gritaba. De pie, arriba, de pieeeee, y aunque estuviéramos de pie o parados de cabeza en una sola mano, él seguía con la campana dale y dale con el otro hierro, albergue arriba y albergue abajo. (Padura, *Pasado* 143)

El uso de la campana permite establecer ritmos a través de los ciclos repetitivos de los campanazos. En tal sentido, el empleo del tiempo en el campamento contribuye al control del

⁴ Denominación usada en Cuba para definir la incorporación de los jóvenes al trabajo productivo en forma sistemática y organizada (Figueroa et al.15).

⁵ “Del 23 de abril al 29 de mayo de 1966, durante 35 días, se llevó a cabo por primera vez la experiencia de la Escuela al Campo en las granjas del pueblo de la provincia de Camagüey. Consistió la misma en la movilización voluntaria de los estudiantes y del personal docente de las escuelas secundarias básicas y de los institutos preuniversitarios para realizar trabajo productivo de tipo agrícola (...) que fueron ubicados en albergues cañeros o instalaciones recién construidas en distintas unidades productivas del Instituto Nacional de Reforma Agraria” (Figueroa et al. 14).

trabajo de corte de caña. El sonido anunciaba el despertar y el comienzo de la jornada de trabajo. Foucault enfatiza que:

En las escuelas elementales, el recorte del tiempo se hace cada vez más sutil; las actividades se hallan ceñidas cada vez más por órdenes a las que hay que responder inmediatamente: al último toque de la hora, un alumno hará sonar la campana y a la primera campanada todos los escolares se pondrán de rodillas, con los brazos cruzados y los ojos bajos. (Foucault, *Vigilar* 91)

Los estudiantes en el campamento no tendrían que arrodillarse para rezar, pero sí, tras el “sonido apocalíptico de la campana”, alistarse inmediatamente para las labores en los surcos de caña. Debido a los ejercicios impositivos, los jóvenes experimentaban rechazo a las órdenes impartidas; evidenciaban las “actitudes violentas y forzadas” que Foucault adivinaba en la mayoría de las escuelas militares (91).

La utilización exhaustiva del tiempo penetra en el cuerpo para sacar el mayor provecho de él. Por lo tanto, “está vedado perder un tiempo contado por Dios y pagado por los hombres; el empleo del tiempo debía conjurar el peligro de derrocharlo, falta moral y falta de honradez económica” (Foucault, *Vigilar* 157-158). De esta forma, se planteaba el principio de ociosidad. Como figura de poder, el director condiciona las disciplinas en el campamento agrícola de *Pasado perfecto*. El ejercicio de su poder refleja “un modo de acción de unos sobre otros” (Foucault, *El poder* 28), en tanto ejerce el control sobre los estudiantes. Entre el dirigente y los alumnos se sostiene un vínculo que opera sobre el comportamiento de los sujetos (los estudiantes) e “incita, induce, desvía, facilita o dificulta, amplía o limita” (Foucault, *El poder* 30) la vida cotidiana; su finalidad radica en “conducir la conducta” de los individuos para sacarles el máximo provecho político, económico y educativo.

Los intereses contrapuestos entre ambas figuras (el director y los estudiantes) genera una dinámica de conflictos donde los jóvenes manifiestan resistencia para evadir la disciplina. La respuesta del alumnado no se hace esperar. Para evidenciar la repulsa hacia al sonido “apocalíptico de la campana”, ejercen una acción transgresora: le lanzan al director una “bota justiciera” cubierta de fango. Conde rememora la acción en el siguiente pasaje:

Voló en la oscuridad y le reventó la nariz al director del campamento. Cayó sentado y la campana se le fue de las manos, y los que no habían visto lo del botazo se preguntaron, aliviados y contentos, por qué habrá parado (...) El director del campamento se apretaba la

nariz con una toalla y casi pude ver los puñalitos de odio que le salían por los ojos. (Padura, *Pasado* 143)

En la nariz sangrante del director se evidencia el resultado de la resistencia estudiantil a los excesos. Una vez más, las indisciplinas se cometen al amparo de la oscuridad (fuera de la vista del poder), pues cuando vuelve la luz el orden se restablece. La autoridad responde al ataque de manera implacable. “A los quince minutos todos estábamos formados en el descampado que separaba el comedor del albergue (...) Faltaba más de una hora para que amaneciera, había un frío que pelaba y (...) ya todos sabíamos que nos esperaba algo malo” (Padura, *Pasado* 143). En el campamento, como en cualquier estructura rizomática, había “lo mejor y lo peor: la patata y la grama, la mala hierba” (Deleuze y Guattari 12). Encontrar al autor del atentado equivalía a encontrar la papa podrida del saco, pues, desde la óptica del poder, “una persona así (...) corrompía y pudría a las demás” (Padura, *Pasado* 142). En términos de Foucault, el director pretende hallar al cuerpo indócil (el joven que lanzó la bota y le rompió la nariz) para disciplinar al resto del grupo. El castigo consiste en la expulsión del culpable, sin apelaciones ni atenuantes. El arte de castigar, en el régimen del poder disciplinario, “no tiende ni a la expiación ni aun exactamente a la represión” (Foucault, *Vigilar* III), sino a imponer el carácter ejemplarizante, a infundir el miedo entre el conjunto del cuerpo social para inhibir la resistencia. Las consecuencias del suceso, además, trascenderían al responsable del acto; el castigo recaería sobre el colectivo estudiantil, descalificado en la emulación a pesar del exitoso trabajo en los campos de caña. Así lo aseguran las palabras de Rafael Morín, presidente de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), del Preuniversitario René O. Reiné y miembro del Comité Municipal de la Juventud:

(...) si el culpable no sale y si ninguno tiene el civismo de denunciarlo, pues pagarán todos hasta que se sepa quién fue, pues esto no se puede quedar así (...) como compañero y representante de ustedes escogido por la masa, y sé, como ustedes, que se ha cometido una indisciplina muy grave, que puede ser hasta llevada a los tribunales como agresión (...) ¿Eso es justo por la indisciplina de uno? ¿Que la labor de ciento doce compañeros, sí, ciento doce, porque ya no cuento a ese uno indisciplinado, se venga abajo así? Ustedes me conocen, compañeros, aquí hay gentes que llevan tres años conmigo, ustedes me eligieron presidente de la FEEM y yo soy tan estudiante como ustedes, pero no puedo aprobar cosas como ésa, que afectan el prestigio del estudiantado cubano revolucionario y obligan a la dirección de la escuela a tomar medidas disciplinarias contra todos. (Padura, *Pasado* 144)

En la búsqueda consternada para denunciar al indisciplinado, “el olor del café que ya estaban colando en la cocina se convirtió en la primera y más refinada de las torturas que sufriríamos, con aquel frío y Pancho que seguía sin poder respirar” (Padura, *Pasado* 143). El aroma del café y la imposibilidad de tomarlo en medio del frío del campamento fue un castigo para sus cuerpos temblorosos, ya que el olfato es un sentido que privilegia la penetración de los cuerpos. Y aún a la distancia de los años, “al Conde le seguía doliendo aquella tenaz represión a la que los habían sometido simplemente por querer ser jóvenes y vivir como jóvenes” (Padura, *Vientos* 92).

“El Comunismo será una aspirina del tamaño del sol”⁶: Revista *La Víboreña* del Preuniversitario de La Víbora

Otro de los ejemplos del régimen disciplinario y las relaciones de poder en la ficción de Padura ocurren en el taller literario José Martí, del Preuniversitario de La Víbora. El círculo que “parecía una corte de los milagros” (Padura, *Pasado* 48), lo integraban disímiles personajes:

Sesde los dos únicos maricones reconocidos del Pre, Millán y el negrito Pancho, hasta el Quijá, el capitán del equipo de basket, que hacía unos sonetos larguísimos; desde Adita Vélez, tan fina y tan linda y tan delicada que era imposible imaginarla en el acto cotidiano de cagar un mojón, hasta Miki Cara de Jeva, el lindoro del Pre, que todavía no había escrito ni una línea en su vida y lo que buscaba era alguna jeva que levantar; desde el negro Afón, que no iba casi nunca a clases, hasta la profesora Olguita, la de literatura, que dirigía aquello, pasando por mí y por el Cojo, que era el inventor y el alma del taller. (Padura, *Pasado* 49)

Los integrantes del grupo de escritura se reunían los viernes por la tarde, bajo los algarrobos del patio de la escuela; los agarraba la noche leyendo y analizando poemas y cuentos. La profe Olguita les leía cada semana un capítulo de *Rayuela* y les decía que ese libro era literatura. Eran ultra críticos unos a los otros, buscaban siempre “la contrapélusa de las cosas, el marco histórico, si era idealista o realista, cuál era el tema y cuál el asunto y esas pendejadas que nos enseñaban en el aula como para que no quisiéramos leer” (Padura, *Pasado* 49).

⁶ Lema de la revista *La Víboreña* (Padura, *Pasado* 50).

En el taller se acordó publicar los mejores trabajos en una revista titulada *La Viboreña*. El volante tenía 10 hojas. El Cojo consiguió un paquete de mil cuartillas para imprimir cien ejemplares. La profesora Olguita coordinó con la dirección del Preuniversitario “picarlos y tirarlos y yo soñaba todas las noches con ver a *La Viboreña* y saber que ya era escritor de verdad” (Padura, *Pasado* 49). En el número Cero saldría publicado el primer cuento de Conde; se titulaba *Domingos* y narraba una historia real y autobiográfica: al despertar cada domingo, su madre lo obligaba asistir a la iglesia del barrio, pero Conde prefería levantarse tarde, desayunar y unirse a sus amigos que mataperreaban y jugaban béisbol.

La revista la empalmaron y presillaron los est

udiantes. Una vez terminada, la repartieron en la puerta del Preuniversitario. Para tal encomienda, “el Cojo no se enrolló las mangas de la camisa y parecía un camarero, y la profe Olguita nos miraba desde la escalera, estaba orgullosa y contenta, la última vez que la vi reírse” (Padura, *Pasado* 49). Sin embargo, aquel “conmovedor y escuálido” relato tendría un escaso recorrido. Al día siguiente, los citaron para una reunión en la dirección a las dos de la tarde. Conde y sus compañeros esperaban recibir diplomas y felicitaciones por los escritos innovadores de la revista. En cambio, el director, acompañado de la jefa de cátedra de Español, la secretaria de la Juventud y Rafael Morín, usó su poder para abusar de la palabra e interrogar a los alumnos:

¿Qué quería decir ese lema de la revista de que «El Comunismo será una aspirina del tamaño del sol», acaso que el socialismo era un dolor de cabeza? ¿Qué pretendía la compañerita Ada Vélez con su crítica a la obra sobre los presos políticos en Chile, destruir los esfuerzos del grupo de teatro y el mensaje de la obra? ¿Por qué todos, todos los poemas de la revista eran de amor y no había uno solo dedicado a la obra de la Revolución, a la vida de un mártir, a la patria en fin? ¿Por qué el cuento del compañerito Conde era de tema religioso y eludía una toma de partido en contra de la iglesia y su enseñanza escolástica y retrógrada? Y sobre todo, dijo, nosotros estábamos como si nos hubiéramos emborrachado, y se paró frente a la flaca Carmita, se veía que la pobre estaba temblando y todos ellos movían la cabeza, diciendo que sí, ¿por qué se publica un cuento firmado por la compañera Carmen Sendán con el tema de una muchacha que se suicida por amor? (y dijo tema, no asunto). ¿Ésa es acaso la imagen que debemos dar de la juventud cubana de hoy? (...), y ahí se formó la descojonación total. (Padura, *Pasado* 50)

El taller lo cerraron. A Conde y a los talleristas los acusaron de “escribir relatos idealistas, poemas evasivos, críticas inadmisibles, historias ajenas a las necesidades actuales del país, enfrascado en la construcción de un hombre nuevo y una sociedad nueva” (Padura, *Máscaras* 48). En cierto modo, la escuela constituye un micro-cosmos donde se replica la realidad nacional del quinquenio gris. El director pretende la traslación acrítica de lo real en las obras artísticas. Olga, la profesora responsable de *La Viboreña*, demuestra una resistencia a la política cultural impuesta en el centro educativo:

Le dijo muchísimas cosas, que si no era ético que ella se enterara allí del asunto de la reunión (dijo asunto y no tema), que si estaba totalmente en desacuerdo con aquel método que tanto se parecía a la Inquisición, que no entendía cómo era posible aquella incomprensión con los esfuerzos y las iniciativas de los estudiantes (...) como veo que no hay diálogo desde esas acusaciones y desde esa perspectiva estalinista que usted propone y que acá la compañera de mi cátedra evidentemente aprueba, hágame el favor de firmarme la baja que yo no puedo seguir en este Pre, a pesar de que hay alumnos tan sensibles y buenos y valiosos como estos muchachos. (Padura, *Pasado* 50)

Olguita se dio cuenta que “sólo unos trogloditas políticos podían interpretar los trabajos de la revista de aquella forma” (Padura, *Pasado* 50). Aquellos sujetos dóciles como Rafael Morín, presidente de la Federación de Estudiantes de Enseñanza Media (FEEM), se alineaban al lado del director para reproducir el mismo discurso y mostrar una obediencia absoluta⁷.

Rafael se puso de pie, sonrió y todo, y se paró al lado del director, compañero director, dijo, después de este feo incidente, creo que es bueno hablar con los estudiantes, porque todos son excelentes compañeros (...) Tú misma, Carmita, dijo y le puso una mano en el hombro a la flaca, seguramente no pensaste en las consecuencias de ese cuento idealista, pero hay que estar despiertos en eso, ¿verdad?, y creo que lo mejor es demostrar que pueden hacer una revista a la altura de estos tiempos, en la que podamos resaltar la pureza, la entrega, el espíritu de sacrificio que debe primar en las nuevas generaciones (sic), ¿verdad, Carmita? Y la pobre Carmita dijo que sí, sin saber que decía sí para siempre, que Rafael tenía razón y yo hasta dudé si la tendría. (Padura, *Pasado* 50)

⁷ Se repite la psicosis social de “imitar al poder”, de simular una postura con tal de recibir beneficios.

La oposición a la postura oficial conlleva consecuencias. El Cojo expresó que ante cualquier queja contra él se la hicieran en forma de crítica en su comité de base. Dicha actitud le costó un año de limitación de derecho y “una mala fama del carajo”. Quien no seguía las normas o indicaciones, esperaba represalias. Era la política del miedo. “Yo quise morirme como nunca he vuelto a querer morirme en la vida, tenía miedo, no podía hablar pero no entendía mi culpa, si nada más había escrito lo que sentía y lo que me había pasado cuando era chiquito” (Padura, *Pasado* 51). En la escena, se evidencia el carácter dual de la política del castigo; el recurso opera bajo un sistema simultáneo de gratificación y pena. Por un lado, recompensa el disciplinamiento a través de los ascensos, por ejemplo Rafael Morín, quien se gana un mejor puesto al lado del director como dirigente estudiantil. Por otro, castiga a la resistencia, evidente en El Cojo y en la profesora Olguita. En el Preuniversitario de La Víbora, el Conde cierra la etapa de la niñez.

Entre aquellas columnas, por aquellas aulas, tras esa escalinata y sobre esa plaza ilógicamente bautizada como Roja —porque era negra, sencillamente negra, como todo lo que podía tocar el hollín y la grasa del paradero de ómnibus tan cercano—, (...) y aunque apenas habían aprendido algunas operaciones matemáticas y leyes físicas empecinadamente invariables, se hicieron adultos mientras empezaron a conocer el sentido de la traición y también el de la maldad, vieron crecer arribistas y frustrarse a ciertos corazones cándidos, se enamoraron apasionadamente y se emborracharon de dolor y de alegría, y aprendieron, sobre todo, que existe una necesidad invencible que a falta de mejor nombre se conoce como amistad. (Padura, *Vientos* 20)

Luego, en la Universidad de La Habana, durante el poco tiempo que Conde permaneció como estudiante, también observó la obligatoriedad de la participación política, la asistencia a los actos y actividades convocadas por la directiva. En *Paisaje de otoño*, el detective rememora las amenazas a las que fue sometido para escuchar un discurso de Gerardo Gómez de la Peña, el director de Planificación y Economía: “al que no asista se le pondrá una amonestación en el expediente” (Padura, *Máscaras* 36), le aclaró el presidente del aula.

De modo que el “superministro” Gómez de la Peña subió al estrado y disertó durante dos horas “ante un público cautivo” (36), del que Mario Conde formaba parte. El giro de esta historia es que Gómez de la Peña fue castigado cuando los planes económicos empezaron a fallar y que el director del Preuniversitario también fue expulsado por incontables fraudes reconocidos en el escándalo de Waterpre.

Conclusiones

En el análisis textual sobre el corpus *Las cuatro estaciones* se contempla la conceptualización de las tácticas disciplinarias (clausura, localización, emplazamientos funcionales, elementos intercambiables) evidenciadas en las obras. El método permite identificar los efectos y las resistencias del poder disciplinario sobre los personajes. En la diégesis de las obras, la representación de las instituciones educativas (el Preuniversitario de La Víbora, el campamento del Preuniversitario de La Víbora y la Universidad de La Habana) y publicaciones culturales (revista *La Viboreña*) evidencia diáfano el mencionado funcionamiento del poder disciplinario. Las estrategias disciplinarias de clausura y localización se manifiestan en el corpus mediante las estacas de madera del Preuniversitario de La Víbora, así como la metáfora de “la jaula” para describir el inicio de las clases. El control del tiempo, por su parte, se refleja en la campana del campamento agrícola, cuyo sonido molesto enfatiza el carácter disciplinante de la actividad. En las obras analizadas, el poder disciplinario incide también sobre los personajes desordenados, infames, a quienes pretende docilizar y encauzar hacia el “buen comportamiento”.

Bajo dicha premisa, el disciplinamiento representado en la ficción paduriana se orienta a la homogeneización y la docilización ideológica de los personajes, tal y como demuestran determinados sucesos de las tramas: los numerosos actos, manifestaciones, reuniones y discursos que relata Mario Conde, como los disertados por Gómez de la Peña, en la Universidad de La Habana o del director del Preuniversitario de La Víbora, esconden el propósito de controlar el tiempo de los individuos-estudiantes. El análisis de la obra de Padura también revela la resistencia de los personajes ante dicho control disciplinario. La psicosis de simulación, enfermedad que el detective reprueba, resulta la más recurrente resistencia al poder disciplinario: además de perseguir un beneficio, constituye una estrategia para evadir la disciplina y los castigos.

Referencias bibliográficas

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: PRE-TEXTOS. 2004. Impreso.

- Escribà, Àlex Martín y Sánchez Zapatero, Martín. "Una mirada al neopolicial latinoamericano: MempoGiardinelli, Leonardo Padura y Paco Ignacio Taibo II." *Anales de literatura hispanoamericana*. Vol. 36. Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2007.
- Figuroa, Max, et. al. *La Escuela Secundaria Básica en el Campo: una innovación educativa en Cuba*. Paris: Editorial de la Unesco. 1974. Impreso.
- Foucault, Michel. "Las redes del poder. Conferencia dictada por Foucault en 1976 en Brasil". *Desinformemonos*. 2019. Web. 25 Sept. 2021. <https://desinformemonos.org/las-redes-del-poder-por-michel-foucault/>
- Foucault, Michel. *El poder: Cuatro conferencias*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco. 1989. Impreso.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. El nacimiento de una prisión*. Argentina: Siglo XXI Editores. 2002. Impreso.
- Garí Barceló, Bernat. "A propósito del neopolicial: Límites formales e ideológicos." *Artes del ensayo. Revista internacional sobre el ensayo hispánico* 4 (2022): 184-204.
- Garí Barceló, Bernat. "Tiempo de espera. El cronotopo de Tetralogía de las Cuatro Estaciones de Leonardo Padura." *Revista chilena de literatura* 103 (2021): 505-523.
- Padura, Leonardo. *Paisaje de otoño*. Barcelona: Tusquets. 2009. E-book Megaepub. Web. 3 Sept. 2020.
- Padura, Leonardo. *Máscaras*. Barcelona: Tusquets. 1997. E-book Megaepub. Web. 20 Dic. 2021.
- Padura, Leonardo. *Pasado perfecto*. Barcelona: Tusquets. 1991. E-book Megaepub. Web. 10 Dic. 2020.
- Padura, Leonardo. *Vientos de cuaresma*. Barcelona: Tusquets. 1994. E-book Megaepub. Web. 12 Dic. 2020.
- Zayas, Elena. "Leonardo Padura Fuentes: las máscaras de la nostalgia". *América: Cahiers du CRICCAL*. 25. 2000. 153-162. Persee. Web. 15 Oct. 2022.

